

Reflexiones sobre la paleta sonora

Ana María Raga

Caracas. Marzo. 2022.

El mundo sonoro es apasionante. Cerrar los ojos y dejar volar la imaginación a partir de las ondas que llegan a nuestros oídos es una experiencia que afecta la imaginación y las emociones. Por mucho tiempo el ser humano escuchó los sonidos de la naturaleza, los sonidos generados por la comunidad en la que vivía y aquellos que salían de su voz y los instrumentos que poco a poco se iban inventando. Posteriormente con la llegada de la electricidad la experiencia sonora se amplió en todos los niveles afectando intensidades, timbres y expandiendo las cualidades sonoras. El entorno de las personas se ha llenado de abundantes y variados sonidos. Tan solo estando en casa escuchamos una base sonora constante que puede ser producida, por ejemplo, por una nevera, u otros aparatos que comienzan a ser parte de nuestra cotidianidad y que sólo cuando “se va la luz” sentimos que se abre un abismo de silencio en nuestros oídos porque desaparece esa franja sobre la cual se insertan las voces y demás sonidos no producidos por la electricidad. Mientras lees estas líneas, ¿tienes conciencia de la cantidad de sonidos que estás percibiendo?

En la música académica se combinan sonidos derivados de las notas musicales y un sinfín de relaciones producidas por los instrumentos de la orquesta (acústicos y eléctricos). Grandes cantidades de música tonal, atonal, cuyo material sonoro es susceptible de escribirse en el pentagrama y producirse a través de esas fuentes comunes ya mencionadas, siguen generando en las composiciones nuevas sonoridades, combinaciones de timbres y relaciones de distinto tipo para satisfacer sus propuestas expresivas y entregar un mensaje al público receptor. Pero este ecosistema orquestal no ha sido siempre el mismo pues se ha venido enriqueciendo a lo largo de la historia con el desarrollo y creación de nuevos instrumentos en un proceso que, aunque lento, sigue en constante transformación. Bien sea por el desarrollo de la tecnología, por una búsqueda de innovación o por necesidades expresivas de los compositores; algunos con el paso del tiempo, han requerido sonidos no susceptibles de producirse por los medios conocidos inventando entonces una solución, como es el caso del tubáfono (plástico y madera) de Penderecki para “Las siete puertas de Israel” que le permitía

sonidos más graves de los que disponía. Así mismo, tiempo atrás ya Messiaen había hecho uso de las Ondas Martenot (creado en 1928) y el precursor de los instrumentos electrónicos, el Theremín, creado en 1919, también había sido usado tanto dentro de la orquesta como en agrupaciones de música pop y rock.

En ese movido siglo XX en el que la electrónica irrumpe en la experimentación sonora abriéndose camino entre las fronteras permeables del mundo de la música popular, académica, las fiestas, los suburbios, esas sonoridades también se han venido incorporando en el “inconsciente auditivo” de las personas, a través de la radio y demás medios de comunicación. Así ha surgido la posibilidad de crear nuevos sonidos modificando y emulando los ya existentes o creando otros completamente originales. Tal como nos dijo el músico venezolano Miguel Noya, (invitado especial del taller “Pensar la música electrónica en Venezuela”), “las innovaciones no se ven”. El creciente uso de la tecnología digital, que incorpora sonidos de fuentes electrónicas, va poco a poco y cada vez más entrando en los oídos de las personas ampliando su paleta sonora, quizás sin darse cuenta.

Posiblemente sea durante el siglo XXI que veremos salas llenas y mayor presencia de la música electrónica alternando y en combinación con instrumentos orquestales y coros, produciendo sonoridades que para el público serán tan naturales como la música para órgano y orquesta.

Por ahora esas obras se escuchan, ocasionalmente, en puntuales festivales o encuentros que en nuestro país ocurren como mucho dos veces al año. Autores como Ricardo Teruel, Beatriz Bilbao, Adina Izarra, Josefina Benedetti, entre otros, han generado obras con uso de sonoridades electrónicas.

La paleta sonora que me interesa principalmente es la que tiene que ver con la combinación de lo electrónico y la voz. Como aporte para el taller quise preguntar a estos compositores si tenían específicamente obra para coros y electrónicos o para voces y electrónicos. Concretamente, Adina Izarra realizó dos obras de teatro con el Grupo Theja, una para voces y electrónicos (música incidental para la obra “Príncipe Constante” de Calderón de la Barca, en 1993) y para la obra “Troyanas” de Eurípides, también para ese grupo teatral, en 1993, que fue Premio Municipal de Teatro 1994. Esta última fue para coros y electrónicos. Para voz y electrónicos compuso VOJM (voz y delay) en 1988.

Josefina Benedetti. Entre otras obras, hizo “Balance” instalación con el artista plástico Jarrod Beck (2013). Ahonda en la relación entre el arquitecto Carlos R. Villanueva y el escultor

estadounidense Alexander Calder. Para ello utilizó la voz de ambos autores. En la Obra "La Sombra" (2013) tercera de la serie Redescubriendo a Bach usa fragmentos trabajados electrónicamente que pertenecen al Preludio No. 12, BWV 881. Hay aquí un coro ficticio que interpreta un texto inexistente. En "Mbombela"(2011), también de la serie Redescubriendo a Bach, es una obra electroacústica músico-futbolística sobre un fragmento trabajado electrónicamente que pertenece al primer movimiento del Concierto para oboe y orquesta e La mayor BWV 1055. La interacción de los narradores deportivos con la obra de Bach es creada a partir de muestras intervenidas de instrumentos de viento-metal, tambores africanos y vuvuzelas. En 2006 realizó "Etnorap", montaje electroacústico en el que tomó varios cantos indígenas y los convirtió en rap. Otra obra que involucra coros y voces es "Transistoria o la transitoriedad de la historia". De las siguientes generaciones están Marianela Arocha y Yoly Rojas, entre otras.

Hay mucho que seguir investigando y mucho aún por componer. Hombres y mujeres creadoras, compositoras, ingenieros, investigadores, seguirán aportando nuevas fuentes sonoras, innovando en la generación de instrumentos musicales, brindando la posibilidad (¿o respondiendo a la necesidad?) de seguir enriqueciendo el mundo sonoro para el arte, un universo dinámico en constante expansión.